

UN MES.

Madrid... 6
Prov. 3 meses... 30

EL OMNIBUS,

UN AÑO.

Madrid...
Provincia...

LECTURAS PARA TODOS.—SE PUBLICA CADA CINCO DIAS.

SUMARIO.

Al presente número acompañan: Un pliego y portadas de EL CAPITAN ARENA, por Alejandro Dumas.—Dos idem de la HISTORIA UNIVERSAL, por Costanzo.—Uno idem de la novela FE, ESPERANZA Y CARIDAD, por Flores.—La cubierta del tomo 2.º de la HISTORIA DEL REINADO DE FELIPE SEGUNDO, por Prescott.

PIGMALION.

El célebre Pigmalion se hallaba en su taller de escultor. A su lado se veían trozos de már-

mol, y grupos de estatuas comenzadas: pero en el fondo había una estatua oculta bajo un pabellón de una ligera tela adornada con guirnaldas.

Ante esta estatua, sentado y sosteniendo con las manos su cabeza, pasaba las horas meditando Pigmalion en la actitud de un hombre inquieto y triste. Despues se levantaba de repente; cogía sobre su mesa el cincel, y por intervalos daba algunos golpes sobre alguno de aquellos bocetos que miraba con aire descontento y desanimado.

No hay aquí decia ni alma, ni vida... No hay mas que piedra.... Jamás haré nada de todo esto.

¿Dónde estás, genio mio?... Talento mio, ¿qué te has hecho?... Todo mi fuego se ha apagado; se ha helado mi imaginación; y el mármol se ha enfriado en mis manos.

Pigmalion, tú ya no haces dioses: no eres

mas que un artista vulgar. Viles instrumentos que no sois los de mi gloria.... No deshonreis ya mis manos....

Y arrojaba con desden su cincel, y se paseaba algún tiempo á grandes pasos por su taller meditabundo, y con los brazos cruzados.

—¿Qué es de mí? ¿Qué extraña revolución se ha obrado en mí? Tiro, opulenta y soberbia ciudad, los monumentos de las artes con que brillas no me atraen: he perdido el gusto que tenía en admirarlos. El comercio de los artistas y de los filósofos se me ha hecho insipido: la conversacion con los pintores y con los poetas no tiene atractivos para mí; los elogios de la gloria no elevan ya mi alma; los elogios de aquellos que los recibirán de la posteridad no me inspiran: hasta la amistad misma ha perdido para mí sus encantos.

Y vosotros, objetos, obras maestras de la



¡Dioses! siento la carne palpitante rechazar el cincel....

naturaleza que mi arte osaba imitar, y tras de los que me atraían los placeres sin cesar, vosotras jóvenes, encantadores modelos que me abrasábais á la vez con los fuegos del amor y del genio, desde que os he sobrepujado me sois del todo indiferentes.

Retenido en este taller por un encanto inconcebible, no sé ni hacer nada en él, ni puedo alejarme de él....

Errante de grupo en grupo, de figura en figura mi cincel, débil, vacilante, incierto, no reconoce ya su guía! Estas groseras obras quedan en su tímido boceto; no sienten la mano que en otro tiempo las hubiera animado.

Al decir esto se levantaba impetuosamente.

Esto es hecho: he perdido mi genio. Demasiado joven aun sobrevivo á mi talento. Empero ¿cuál es este ardor interno que me devora?... ¿Qué tengo en mí que parece abrasarme?... Que en la languidez de un genio apagado se sienten

estas emociones, se sienten estos impulsos de pasiones impetuosas, esta invencible inquietud, esta secreta agitacion que me atormenta... y cuya causa no puedo adivinar?

He temido que la admiracion de mi propia obra me causase la distraccion que tenía en mis trabajos.... la he ocultado bajo este velo.... mis trabajos profanos se han atrevido á cubrir ese monumento de su gloria... Desde que ya no lo veo, estoy triste, y no atiendo á nada....

¡Cuán querida me va á ser, cuán preciosa me va á ser esa obra inmortal! Cuando mi apagado genio nada prodnzca de grande, de hermoso, de bello, de digno de mí, enseñaré mi Galatea y diré:—Ved aquí lo que en otro tiempo hizo Pigmalion. ¡Oh Galatea mia! Cuando todo lo haya perdido me quedarás tú... y quedaré consolado.

Despues se aproximaba al pabellón; volvía á retirarse: iba, venia, y se detenía algunas veces á mirarla suspirando:

—Empero, ¿por qué ocultarlo? ¿Qué gano en esto? Reducido á la ociosidad, ¿por qué quitarme el contemplar la mas hermosa de mis obras? Tal vez tenga algun defecto que no haya notado; tal vez pueda añadir algun adorno á su vestido: ninguna gracia imaginable debe faltar á un objeto tan encantador.... Tal vez este objeto reanimará mi imaginacion desfallecida... Preciso es volverlo á ver.... examinarlo de nuevo, ¿qué digo?... ¡Ah! todavia no lo he examinado. No he hecho hasta ahora mas que admirarla.

Iba á levantar el velo que cubria la estatua, y lo dejó caer de repente como asustado:

—No sé que emocion, dijo, experimento al tocar ese velo; se apodera de mí un terror, cual si creyese tocar al santuario de alguna divinidad.... ¡Insensato!... Es una piedra, es tu obra: ¿qué importa? Se sirve á los dioses en nuestros templos, y no han sido hechos por otras manos.

Levantó el velo temblando, y se postró ante

la estatua de Galatea colocada en un pequeño pedestal en forma de grada semicircular de mármol.

¡Oh Galatea! recibe mi homenaje, si; me he engañado; he creído hacerte ninfa, y te he hecho diosa... Venus misma es menos bella que tú... Vanidad, debilidad humana... No puedo cansarme de admirar mi obra... Me embriago de amor propio... Me adoro en lo que he hecho... No: nada tan hermoso se ha presentado en la naturaleza: ¡he sobrepasado á la obra de los dioses!

¡Qué! Tantas bellezas ¿salen de mis manos? ¡Mis manos las han tocado pues!... ¡Ha podido mi boca... Pigmaleon! Tal vez hay un defecto: este vestido cubre demasiado el desnudo: es preciso escotarlo mas... las gracias y las bellezas que oculta deben anunciarse mejor.

Coge su martillo y su cincel, y adelantándose lentamente sube la grada de la estatua, á la que vacila tocar; por último, levanta ya el cincel y se detiene.

—¡Qué temblor! ¡qué turbación!... Tengo el cincel con vacilante mano... No puedo, no me atrevo, lo echaría á perder todo...

Animase, y por último presentando su cincel da un golpe, y sobrecogido de terror lo deja caer dando un gran grito:

—¡Dioses! siento la carne palpitante rechazar el cincel...

Bájase del pedestal temblando y confuso.

¡Vano terror, loca ceguedad!... No; no tocaré á ella: los dioses me asustan: sin duda ya estás consagrada entre ellos.

Poniéndose despues á considerarla de nuevo, dijo:

—¿Qué quieres cambiar?... mira... ¿qué nuevos encantos quieres darle?... ¡Ah! su perfeccion es su defecto... divina Galatea... Menos perfecta no te faltaría nada... empero te falta un alma, tu rostro no puede pasar sin ella... ¡Cuán hermosa debe ser el alma destinada á animar un cuerpo tan bello!

Detúvose largo tiempo: despues volviendo á sentarse: ¡Ah! dijo, con una voz entrecortada y trémula: ¿Qué deseos me atrevo á formar? ¿Qué es lo que siento? ¡Oh cielos! El velo de la ilusion cae, y no me atrevo á ver en mi corazon: me indignaria yo mismo.

Esta es la noble pasion que me estravió: por este objeto inanimado no me atrevo á salir de aqui... ¡Un mármol!... ¡una piedra!... ¡Una masa informe y dura trabajada con este hierro!... ¡Insensato! Entra en tí mismo; gime sobre tí, mira tu error y ve tu locura.

Despues añadia con ímpetu:

—No; no he perdido el sentido; no estoy loco; no tengo que echarme nada en cara: es de un ser viviente que se le parece; es del rostro que se ofrece á mis ojos: en cualquier lugar en que se halle ese rostro adorable, cualquier cuerpo que lo lleve, cualquier mano que lo haya hecho, tendrá todos los deseos, todas las aspiraciones de mi corazon. Si, mi única locura es la de discernir la belleza; mi único crimen es ser sensible á ella: no hay nada en esto de que deba avergonzarme.

¡Qué rayos de fuego parecen salir de ese objeto para abrasar mis sentidos y hacer volver mi alma á su origen! ¡Ah! Permanece inmóvil y frio, en tanto que mi corazon incendiado por sus encantos quisiera abandonar el cuerpo para ir á dar fuego y vida al suyo. Creo en mi delirio poderle dar la vida, y animarle con mi alma. ¡Muera Pigmaleon para que viva en Galatea! ¡Qué digo, cielos! Si yo fuese ella no la veria, no sería aquel que la ama. No, que viva mi Galatea, y que yo no sea ella. Que sea un otro para querer ser siempre suyo, para verla, para amarla, para ser amado de ella.

Trasportes, tormentos, violentos deseos, rabia, impotencia, amor terrible, amor funesto, todo el infierno se encuentra en mi agitado corazon... Dios es poderoso, Dios es benéfico, Dios es del pueblo y socorre las necesidades de los hombres. ¡Habeis hecho tantos prodigios con menos motivos!... Veis ese objeto, veis mi corazon; sed justo, mereceréis vuestros altares!

Despues con mas entusiasmo y tono mas patético continuaba exclamando:

—Y tú, sublime esencia, que te ocultas á los

sentidos, y que te dejas conocer de los corazon, alma del universo, principio de toda existencia; tú que por amor das armonía á los elementos, vida á la materia, sentimiento á los cuerpos y forma á todos los seres, sagrado fuego... celeste Venus por quien todo se conserva y se reproduce sin cesar! ¡Ah! ¿dónde está tu auxilio? ¿Dónde tu fuerza expansiva?... ¿Dónde está la ley de la naturaleza en el sentimiento que experimento? ¿Dónde está el calor vivificante en lo vano de mis inútiles deseos?... Todos los fuegos están concentrados en mi corazon, y el frio de la muerte permanece sobre este mármol. Yo perezco por el exceso de vida que la falta. ¡Ah! yo no solicito prodigios: este debe cesar: el orden está turbado; ultrajada la naturaleza. Vuelve su imperio á sus leyes; restablece su benéfico curso, y vierte igualmente tu divina influencia. Si; nuestros seres faltan á la plenitud de las cosas. Divide este ardor devorante que consume al uno sin animar al otro. Tú eres quien formó por mi mano estos encantos, y estas facciones que no esperan sino el sentimiento de la vida: dale la mitad de la mia, dásela toda si es preciso... me bastará vivir en ella, ¡Oh! ¡tú que te dignas sonreír á los homenajes de los mortales!... El que nada siente no te honra: estiende tu gloria con sus obras. Diosa de la belleza, evita esta afrenta á la naturaleza, de que tan perfecto modelo no sea una imagen de lo que no existe.

Poco á poco fué volviendo en sí con un movimiento de seguridad y de alegría.

Recobro mis sentidos... ¡qué encontrada calma, qué valor insólito me reanima! Una mortal fiebre abrasa mi corazon: un bálsamo de esperanza corre por mis venas: creo sentirme renacer... haz conocer que tu dependencia sirve alguna vez de consuelo. Por desgraciados que sean los mortales... cuando invocan á los dioses quedan mas tranquilos.

Pero esta injusta confianza engaña á los que hacen votos temerarios... ¡Ah! en el estado en que estoy se invoca á todo, y nada nos escucha... La esperanza que nos engaña es mas insensata que el deseo. Avergonzado de tantos extravíos no me atrevo á contemplar la causa... Cuando quiero alzar los ojos sobre ese objeto fatal siento una nueva turbación... ¡un secreto temor me detiene!... ¡Ah! mira, desgraciado. ¡Sé intrépido, atreverte á mirar cara á cara una estatua!

Pigmaleon creyó ver animarse aquella estatua y se separó lleno de terror con el corazon oprimido de dolor.

—¡Qué he visto, dijo, dioses! ¡Qué he creído ver! El colorido de las carnes, el fuego en los ojos, hasta movimientos... No era bastante esperar el prodigio; para colmo de miserias lo he visto por último.

Mi delirio ha llegado al último término; mi razon me ha abandonado por mi genio. No echas de menos esa razon, Pigmaleon... Su pérdida cubrirá tu oprobio.

Es demasiado feliz para el amante de una piedra el ser un visionario. Pigmaleon en una agitación, en los mayores trasportes que apenas podía contener, seguia todos los movimientos que creía notar en la estatua, la escuchaba, la observaba con ávida atencion; apenas respiraba.

Pigmaleon se habia enamorado de su obra maestra, y los dioses, cuenta la antigua historia, le habian privado de su razon. El infeliz loco creyó que su obra se habia animado: y el amor ardiente, impetuoso, volcánico, que abrasaba sus venas, alterando su razon, consumió poco á poco su existencia.

Pocas son las noticias que nos quedan del escultor Pigmaleon. Cuentan que los dioses poco á poco animaron á Galatea, y que el mármol se convirtió en muger. Pigmaleon se casó con ella, y tuvo á Paphos, héroe esponyma de la ciudad de Paphos. Este asunto ha ejercitado el genio de dos hombres de los mas célebres, el uno en la literatura francesa, el otro en la literatura alemana. Se debe á Rousseau un magnífico prólogo sobre Pigmaleon, y Goethe ha hecho una bellísima composicion. Así la imaginacion ha suplido á la historia, y si nos faltan los hechos nos consolamos de esta falta con las bellas producciones del arte moderno.

J. M. GAVIRIA.

EL TESTAMENTO.

I.

ESCENAS DE INTERIOR.

Entre las ciudades de los Países Bajos, Amberes es seguramente una de las mas hermosas y mas nobles: de buena gana la llamaríamos la *Gótica* y la *Española* si no se hubiese abusado de estos epítetos; pero flamenca ó castellana no es menos soberbia y altiva asentada á la orilla de su rio de rápida corriente, levantando en las nubes el haz de sus torres, y ofreciendo un doble carácter distinto y notable. Sobre el puerto todo es allí vida, movimiento, ruido: en las calles, en las plazas, es seria y tranquila. Consagrada á dos instintos, el negocio y las artes, conserva las tradiciones de la antigua poblacion alemana, y las de Rubens y de Van-Dick; y sus habitantes están organizados de tal modo, que la esposicion de un cuadro nuevo los pone tan en movimiento como la llegada de un navio cargado con los tesoros de las Indias. Los niños conocen allí á Java y á Malaca, pero conocen tambien y enseñan con orgullo la casa donde vivió Rubens, y las iglesias donde viven siempre las obras de aquel inmortal pincel. Los cuadros, las estatuas, las medallas, los preciosos manuscritos, son una herencia de familia en esta Florencia de los Países Bajos: las colecciones se transmiten allí enriqueciéndose de raza en raza; y podríamos nombrar mas de una casa que por descuido ó por austeridad de principios ha renunciado á todo lujo personal, empero que guarda en un modesto rincón obras maestras de Teniers ó de Van-Dick; que suspende á la cabecera de una cama un Cristo de Duquesnoy, y que revela á algunos pocos escogidos admitidos en el santuario colecciones de una riqueza inaudita recogida por el paciente gusto de muchas generaciones. La vida en esta ciudad severa tiene una nobleza tranquila, que no altera jamás el deseo de aparentar; y los mismos artesanos parecen participar de la dignidad de que están llenos los hombres y los monumentos. Los que hayan estado en Amberes nos perdonarán esta pequeña digresion.

Debemos al comenzar esta historia retrogradar y trasportarnos al año de 1649 cuando el cardenal Infante gobernaba los Países Bajos en nombre del rey de España. La noche del 31 de diciembre se hallaba muy avanzada. Caían espesos y lentos copos de nieve; y solamente se veían en la calle algunos bebedores rezagados: todas las casas se hallaban cerradas, y las lámparas que ardían en las esquinas delante de las imágenes de la santísima Virgen brillaban solas en la oscuridad. La voz del sereno ó vigilante que anunciaba las horas desde lo alto de la torre de Nuestra Señora alteraba únicamente el silencio. Acababan de dar las once en las iglesias de las parroquias y de los monasterios, y la nocturna tranquilidad era cada vez mas profunda. Sin embargo, estaban despiertos y velaban todavia en una de las hermosas casas de la plaza de Meir: y el transeunte hubiera podido distinguir un débil resplandor penetrando al través de las persianas del piso bajo. Aquella casa era la del señor Tillegem, consejero del tribunal soberano de Bravante, revestido ademas con todas las dignidades municipales que los nobles flamencos dividían con los ciudadanos y los mercaderes.

Aunque habia sonado la hora de la queda y de apagar el fuego hacia mucho tiempo, el anciano magistrado no habia buscado todavia el descanso. Permanecía sentado al lado del fuego en un rico y soberbio salón. No se hallaba solo: al otro lado de la maciza mesa se hallaba colocada una jóven que con la frente inclinada y los ojos bajos parecia leer atentamente en un gran libro. Una mirada observadora hubiera descubierto en ella una inquieta preocupacion. Sus dedos no volvian las hojas del libro; sus ojos no seguían los renglones; pero de tiempo en tiempo, levantándose con timidez, interrogaba

la frente del anciano. Este miraba meditabundo los encendidos tizones que se consumían en la chimenea, prestaba su oído á los sofocados ruidos de la calle, y daba pruebas visibles de una violenta impaciencia.

—¡Las once! exclamó por último; ya es demasiado: demasiado bueno he sido para ese hijo desobediente.

—Padre mío, oigo pasos, dijo Luisa, cuyos miembros se hallaban agitados con un temblor nervioso. Es Jorge, ya está ahí.

Un aldabonazo hizo resonar el vestibulo. Abriéronse muchas puertas, y se oyó la voz de un criado que decía:

—El señor consejero os aguarda, y desea hablaros, señor Jorge.

Abrióse la puerta del salón, y se veían en la antesala muchos viejos criados con aire triste é inquieto, y un joven entró con un continente en que el atrevimiento natural se mezclaba con el embarazo del momento.

Era un hermoso caballero de noble talle, á quien el pintoresco vestido de aquella época sentaba á las mil maravillas. Empero una extraña espresion indefinible desfiguraba aquel bello rostro: un visible desorden manchaba aquellos ricos y graciosos vestidos. Los vicios y las pasiones habían cogido ya en sus redes aquel joven vástago de una familia mas ilustre todavía por sus virtudes que por sus honores. Todo era hermoso en él: empero todo estaba degradado.

—¿De dónde venís? dijo el anciano magistrado clavando sobre su hijo una mirada penetrante y severa.

Tartamudeó el joven.

—No estais en estado de responderme. ¡Ver-güenza! retiraos; mañana os hablaré.

Jorge no añadió ni una palabra y se marchó. Luisa lloraba.

Su padre la miró, y colocando su mano sobre su cabeza con afecto, la dijo:

—Bendigale Dios y sus santos ángeles: vete á descansar, hija mía.

—¿Y Jorge, querido padre?

—No me hables ni una palabra de él... pide á Dios por él.

A la mañana siguiente á las ocho Luisa aguardaba ya ante la sala de su padre, y volvía frecuentemente la cabeza hacia el largo corredor que iba á dar al cuarto de Jorge.

Presentóse éste por último, empero pálido, tranquilo, y grave: sus vestidos se hallaban dispuestos con esmero; y su color oscuro anunciaba la austera profesion á la que se destinaba aquel joven. Su hermana le alargó la mano con gravedad, y le dijo en voz baja:

—Entremos, mi padre está despierto.

Y volviendo sus ojos hacia el cielo, añadió mentalmente:

—Virgen Santísima, orad por nosotros.

El señor Tillegem recibió con bondad las caricias de su hija; pero cuando á su vez llegó á arrodillarse delante de él su hijo, diciéndole:

—Padre mío, dadme vuestra bendición: el severo anciano replicó vivamente:

—¿Me la pedís en nombre de vuestra obediencia, caballero?

—Padre mío...

—Respondedme... ¿dónde habeis pasado la noche de ayer? ¿En la taberna?

—No, padre mío: no he salido del taller de Brouwer, y Franz Hals nos ha hecho compañía.

—¿Sin contar con las copas y los frascos?... Parece que os complacéis en desafiarme, porque no ignorais que entre todas las compañías indignas de vuestra gerarquía y de vuestra fortuna os he prohibido sobre todo la de esos pintores y artistas, tales como Brouwer y Franz Hals que ahogan en el fango de los placeres innobles el genio con que los dotó el cielo. ¿Lo sabéis, si ó no? Si teneis afición á las artes buscad á Rubens, tan noble de corazón como de talento y nacimiento; id á ver en su pobre celda á fray Snyders, tan santo religioso como grande artista. ¡Empero Brouwer... empero Hals! Arrastrais á la vez en el todo el nombre de vuestros antepasados, y la toga que debeis llevar un día.

—Al buscar esos artistas, padre mío, yo no quería buscar mas que un instante de placer.

—El árbol de los placeres prohibidos, señor

mío, jamás ha producido mas fruto que la vergüenza... ¡Pensadlo bien! comienza un nuevo año, pero para vos es el último año de indulgencia, el último año de ternura paternal... os lo concedo como una prueba.

—Padre mío, exclamó Luisa con un tono gracioso y casi alegre, aunque su corazón se hallase entristecido, padre mío, que este año no comience, al menos para mi hermano, sin que vos le hayais bendecido.

—Si, padre mío, dijo Jorge, perdonad mis locuras y bendecidme.

—Querido padre, ¿cómo quereis que se enmiende Jorge, si Dios, mi buena madre que está en el cielo, y vos, no le animais?

—¡Padre mío! añadió el joven con tono suplicante.

—Pues bien; si, yo os bendigo todavía una vez, y ojalá mi bendición haga vuestra alma fecunda en virtudes: la paz sea con vosotros: en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo... Amen...

Una hora despues de esta conversacion, en tanto que el señor Tillegem recibía la visita del bargo-maestre Rockox, su antiguo amigo, el hermano y la hermana se paseaban en una larga galería, cuyas paredes estaban adornadas con los retratos de los señores de Tillegem. Aquellos lienzos, ora fuesen groseramente bosquejados por un bárbaro pincel, ora llevasen la firma de los Metzys, de los Otto-Venys, ó Jordanes, tenían todos entre sí un aire de familia, y el parecido hereditario prolongado á través de tantos siglos que reflejaba todavía sobre la frente de los dos jóvenes.

Jorge hablaba con animacion.

—No, decía; no podré ser feliz aquí: todo me fastidia, me hiela, me desagrada.

—¿El qué! ¿la casa de vuestro padre?

—¡Oh hermana mía! Para ti, ella es un paraíso; para mí, es una prision. Yo aquí estoy dominado sin cesar por una voluntad imperiosa; encadenado al trabajo que detesto; destinado á un porvenir contra el que me revelo.

—¿Pero tú sabes que en nuestra familia!

—Si, si, respondió Jorge irónicamente, el primogénito está siempre destinado á la toga; el mediano á la iglesia... prudente arreglo.

—¿Pues no es un noble destino? Mira, hermano, los retratos de nuestros abuelos: su ejemplo prueba que la toga que te está destinada basta á contentar una legítima ambicion. Mira ahí á Juan de Tillegem, canceller de Bravante, que hizo presente al rey Felipe II, con riesgo de su vida, las quejas y los lamentos de sus súbditos. Mira ahí á Felipe, nuestro abuelo, que fué asesinado por los calvinistas en odio de la verdadera fé. Mira ahí en tiempos mas remotos á Nicolás de Tillegem, el consejero, el amigo, el brazo derecho de Juan IV, el poderoso duque de Bravante. Mira ahí á Pedro, abad de San Miguel: ha muerto en olor de santidad, y se han visto milagros sobre su sepulcro...

—¡Hermana mía, todo lo comprendo! No ambiciono esa pacífica gloria. Si mi corazón palpita tan fuerte, no es para sofocarlo bajo una toga encarnada ó negra. Y no es la toga rodeada de arminio la que dará descanso á mi frente. Necesito otra cosa: el aire, los viajes, la guerra. El gabinete guarnecido de libros y pergaminos en que mi padre quiere que me encierre es un sepulcro: ¡la vida está en otra parte! Necesito el mar y sus inmensos espacios; las Indias con sus losques y sus tesoros. Me ahogo en esta casa vieja: ¡me muero bajo esta austera tutela! Y si alguna vez pido á los groseros placeres, á las vulgares compañías algunos momentos de ilusion y de olvido es para soñar que soy libre, es para olvidarme de que me hallo encadenado.

—Hermano mío, te conjuro á que deseches tan fatales ideas... La libertad real, decía nuestra madre está en el alma: el que domina sus pasiones es siempre libre; el que las obedece es esclavo aunque ocupe un trono. Jorge mío, obedece á nuestra madre á fin de que las promesas que Dios ha hecho á los hijos sumisos y obedientes se verifiquen contigo.

—Trataré de hacerlo, pero...

—No hay pero que valga: yo rogaré por ti á la Santísima Virgen y á nuestra pobre madre.

II.

FIN DEL AÑO.

Aquel año comenzado bajo tan malos auspicios pasó triste y rápido cual un torrente que asola sus márgenes, y arrastra la esperanza de las mieses y de los vergeles. Jorge mostró algunas veces algunas veleidades de estudio y de gustos serios: empero pronto el febril ardor de su alma le arrastraba de nuevo lejos de la casa paterna, y los placeres de sus días se prolongaban hasta la mitad de las noches. Entonces Luisa velaba; aguardaba inquieta la vuelta de su hermano: trataba de hacer pasar en el corazón del joven un poco de ternura, un poco de arrepentimiento... gotas de aceite que debían aplacar por la mañana la cólera del señor de Tillegem.

Irritado éste por las locuras de un hijo tan querido en otro tiempo, sentía cada día la tibieza del desafecto acumularse en torno de su corazón. Una tempestad se iba formando entre aquellos dos seres que la naturaleza había unido, y que dividían las pasiones.

Jorge se abandonaba cada vez mas y mas á su curso, y el anciano se atrincheraba cada vez mas y mas en esa autoridad paterna cuya severidad desafiaba el joven.

Tocaba el año á su fin: empero antes de que hubiera espirado, la desgracia tan largo tiempo presentida había estallado. Una noche, Jorge aguardado por su hermana con angustia, por su padre con sombría impaciencia, no había vuelto... Entregaron una carta al anciano magistrado... era de la letra y puño de su hijo. Decía que teniendo derechos que la edad le concedía, abandonaba la casa paterna; que abandonaba así mismo la carrera que le habían impuesto; y que quería ir á tentar fortuna en el camino á que su inclinacion le llamaba. Solicitaba brevemente el perdón de su padre, y la amistad de Luisa. Aquella carta arrojó en la casa una sembría tristeza; pero cuando pocos días despues un procurador vino á nombre de Jorge de Tillegem á reclamar su parte de la herencia materna, cuando se supo que el hijo rebelde valiéndose de una libertad tan caramamente comprada, acababa de casarse con una joven de la condicion mas oscura... á aquellas nuevas muestras de ingratitud y desobediencia, estalló de un modo funesto y terrible la cólera del padre tan largo tiempo comprimida. A pesar de las súplicas de su hija postrada delante de él, pronunció en alta voz una solemne maldicion, entregando al indócil hijo á la venganza divina, y deseando que las pasiones, causa de su caída, fuesen tambien la causa de su constante infortunio.

¡Luisa no oyó mas! Había caído casi muerta á los pies de aquel padre de quien ella iba á ser en lo sucesivo ya su única hija.

III.

EL HIJO MALDITO.

Desde aquel día el recuerdo de Jorge se borró enteramente de las conversaciones de su familia: su nombre fué borrado del árbol genealógico de los Tillegem; su retrato, quitado de la galería, se envió á los oscuros guarda-muebles: su cuarto se cerró, y se prohibió á los criados pronunciar su nombre. Parecía que su falta había destruido hasta el recuerdo de su existencia; no se hablaba ya de él en aquella casa, de la que tanto tiempo había sido la alegría y el orgullo, cual si jamás hubiese existido, ó cual si muerto despues de algunos años hubiese venido á caer su memoria bajo los helados velos del olvido. Pero, sin embargo, parecido á aquel espectro sentado en el banquete de Macbeth, su imagen se levantaba derecha sin cesar entre el padre y la hija: excitaba en el uno un amargo y profundo resentimiento, en la otra una compasion sin límites. Empero ¿qué podían la compasion ni el fraternal amor de la pobre joven contra la indignacion de un padre tan cruelmente ofendido? Solo Dios, ese padre indulgente con las faltas de los hombres, era el que oía y escuchaba los secretos dolores de la

aflicta doncella. Ella, único objeto del amor del noble magistrado, veíase colmada de todos los bienes que contentan los deseos sin satisfacer el corazón. Aquella solitaria y modesta joven, que vivía lejos del mundo y de sus festines, se hallaba agobiada de todas aquellas preciosas fruslerías que la vanidad envidia: pero sus alhajas dormían en el fondo de un armario de ébano, y el oro de su bolsa corría inagotable á las manos de los infelices. A veces contemplando aquellas vanas riquezas que su padre la prodigaba, se decía á sí misma:—Tal vez Jorge tiene necesidades. Pero ignoraba la suerte de aquel hermano querido de quien nadie le hablaba, ni daba noticias suyas; y no era esta la menor pena de su corazón, que no alejaba sino con las mas puras y dulces afecciones de la familia.

Un día de otoño, después de comer, se hallaba Luisa sentada cerca de una de las ventanas bajas de la casa, que daban sobre un patio exterior, y con agil pie hacia dar vueltas á la rueda cargada del fino hilo que devanaba delante de ella. Vestida de negro, hermosa con una belleza tranquila y sencilla, y colocada en el alfeizar de aquella ventana cuyo gótico arco sobrecargado de un feston de piedra le formaba una especie de marco, parecía aquella joven el modelo de una de las mas suaves y deliciosas creaciones de Mieris: toda su existencia respiraba modestia y candor, sencilla piedad, y virtudes domésticas: era un cuadro amable é interesante.... Tal vez su vista arrancó un suspiro del seno de un joven que habia entrado furtivamente en el patio. Aquel suspiro hizo alzar los ojos de Luisa, y se le cayó el hilo de las manos.

—¡Cielos! dijo, ¿eres tú.... de veras? ¡Jorge, hermano mío!

—Soy yo, dijo, hermana mía; y se estrecharon las manos.

—Entra, dijo en voz baja.... mi padre.... nuestro padre está ausente.... se halla en el consejo, en Bruselas; entra, te lo suplico.

—No, respondió Jorge con orgullosa tristeza; no traspasaré el dintel de esta puerta... ¿No soy yo el hijo desterrado, maldito?

Se apoyó sobre el borde de la ventana, y algunas amargas y ardientes lágrimas cayeron sobre la piedra; pero reponiéndose inmediatamente sacudió su frente pálida y sus largas melenas, ya algo claras, y replicó:

—He querido verte, mi buena hermana, antes de marchar á un viaje que será largo: mañana me embarco para las Indias. Mi mujer y mis hijos van á Tréveris á casa de algunos ancianos parientes, y yo voy á buscar fortuna.... Ves que la necesito.

Echó una mirada sobre sus gastados vestidos, y se rió con una risa mas triste que las lágrimas.

—¡Oh, hermano mío! exclamó Luisa con dolor: ¡cuánto siento no poder nada por tí! ¡Ah! si nuestro padre se dignase ceder....

—Le he ofendido: usa de su derecho, y no me quejo.

Salió un instante Luisa; después volvió trayendo en sus manos un pesado cofrecillo: lo abrió. Encerraba joyas de valor: un pesado reloj guarnecido de perlas, un collar de brillantes; una cruz de rubíes, y muchas riquísimas sortijas.

—Hermano mío, dijo, esto me pertenece, y puedo disponer de ello. Ojalá este débil socorro pueda servir de base sólida á tu fortuna futura.

El joven desechó las alhajas,

—Bastantes males, dijo, he causado; no causaré este. Guarda, hermana mía, lo que has recibido de tu padre; para mí me sobra todavía con la débil parte de la herencia de nuestra madre.

Quiso insistir Luisa, pero fué en vano. Su hermano, después de haber echado una larga mirada sobre la casa de sus antepasados, apretó la mano de la joven, y la dijo:

—Adios, hermana mía, sé feliz.

—Jorge, ¡ay! ¿serás tú feliz?

—Tendré la dicha que haya buscado.

—¿Serás tú feliz?

No respondió, y bajó hacia el suelo una taciturna mirada.

—¡Adios! repitió.

—¡Hermano mío! ¡adios... y valor.

Salió: habia sembrado vientos; recogía tempestades.

FERNANDO BELTRAN.

(Se concluirá.)

MISCELANEA.

APUROS DE INTERPRETACION.—En un lugar de la Alsacia ocurrió no ha mucho, segun refiere el *Industriel alsacien*, el siguiente caso, cuya autenticidad garantiza de todo punto dicho periódico:

«El prefecto del departamento consideró necesario de suspender el alcalde del indicado pueblo. La orden respectiva, escrita en francés, estaba concebida en estos términos: «Quedará suspenso (*suspendre*) el Maire de..... debiendo el suplente proceder á la ejecucion (*execution*), etc.» Hablándose en aquel lugar exclusivamente el alemán, este funcionario suplente no entendía el francés, y tomando, pues, un diccionario francés-alemán, se encontró que el equivalente de *suspendre* era en su idioma colgar, y *execution* ejecución. ¡Ay! ¡Dios me libre! exclamó el pobre Maire, no, no, esta orden no la cumplo, yo no soy verdugo, ni menos ha hecho mi antecesor falta alguna para que se le cuelgue, y así suplicaré al señor prefecto encargue á otro la ejecución.

ASCENSION AL MONTE ARARAT.—La cumbre del Ararat, hoy Macis ó Agridagh, monte de Armenia al S. O. de Erivan, entre los 42° 45' longitud E., 39° 30' latitud N, célebre por haber hecho alto sobre su cima el arca de Noé, segun nos lo refiere el Génesis en su cap. VII, v. 4.º, y segun las tradiciones armenias, ha sido visitada á mediados del mes de julio próximo pasado por algunos ingleses sin que hubiesen tenido, á lo que se dice, que arrostrar grandes penalidades para llegar á la cúspide superior, cuya elevación sobre el nivel del mar es de 47,323 pies, y 44,300 sobre la llanura. Formaron parte de tan interesante y empeñada ascension cinco *gentlemen*, y todos, mas ó menos rápidamente, llegaron á la cima, cubierta de nieves eternas, quedando empero los kurdos, poseídos de veneración mística, al pie del cono superior de la montaña. Nuestros ingleses bebieron sobre aquella imponente altura, dirigida la vista hacia su patria, á la salud de la reina Victoria, y disfrutaron una salida de sol tan magnífica, que ni menos hallaron palabras para expresar el sublime gozo que en su consecuencia se apoderara de sus corazones. Estos osados trepadores son los primeros europeos que han subido al Ararat, no dejando poco sorprendidos á los naturales de aquel país tan intrépida expedición.

SOIREE ORIGINAL.—En Sheffield (Inglaterra) tuvo últimamente el dueño de un grande establecimiento de diversiones públicas la singular ocurrencia de disponer un sarao para señoras ancianas, y espendió al efecto hasta dos mil esquelas de convite. La *soirée*, que terminó con baile, fué concurridísima. La mas joven de las señoras tenía sesenta años y la heroína de la fiesta fué una dama de noventa y nueve años, por cierto bastante rolliza y apuesta todavía, respecto á tan avanzada edad. El asunto es que las vestidas señoras pasaron un buen rato, y el empresario á su vez tuvo la satisfacción de despachar diez mil entradas, que le dejaron un beneficio mas que regular.

PALMERSTON.—Al periódico inglés *Morning-Post* escriben desde San Petersburgo: Mucho se asombrará lord Palmerston cuando llegue á su noticia que los *strotschik*, ó sean cocheros de alquiler, se valen de su temido nombre para arrear sus rocinantes; y si los tales animales son en demasía recalcitrantes, he aquí que el automedonte les amenaza con que va á venir el noble lord. Por personas que han recorrido gran parte del interior de la Rusia, he sabido que lo propio se oye desde San Petersburgo hasta el país de los cosacos del Dón, desde el lago Ladoga hasta el mar Caspio. Si le sirve de lisonja á nuestro lord, ¡buen provecho le haga!

PROVERBIO DISCRETO.—Hay tres clases de hombres con quienes nunca se debe litigar: 1.º Con los que sacan la cabeza por ventana de paño, que son los frailes: 2.º Con los que se ponen los

calzones por sombrero, que son las mugeres, y 3.º con los que llevan siempre la voz del Rey, que son sus ministros.

CHISTE PATERNAL.—Unos muchachos se quejaban de que no se les daba de almorzar, á tiempo de entrar un amigo de su padre, y oyéndolos gritar, dijo compadecido:

—¿Por qué no haceis que se desayunen esos niños?

Y el padre responde:

—¡Como desayunarse! á fé mia cada uno tiene una asadura en el cuerpo.

—Si señor, responde uno; pero con ser enteramente aun no ha llegado al estómago.

Era la asadura que todos tenemos.

EL CAZADOR DE MIRLAS.—Un joven de veinte y tres años se fué á confesar con el cura, y se acusó de haber destrozado el cercado de su vecino por ir á reconocer un nido de mirlas: el cura le preguntó si las mirlas eran buenas, y si las habia cogido.

—No, respondió, yo no las vi bastante grandes y no iré á cogerlas hasta el sábado por la tarde.

El cura que estuvo mas alerta, fué el sábado por la mañana, y sacó los mirlos: el otro viéndose vacío el nido no dudó de la supercheria del cura, pero no se atrevió á decirle nada. Viéndose obligado por un jubileo á volver á confesarse tres ó cuatro meses después, se acusó de amar á una niña estremadamente bonita por obtener sus favores.

—¿Qué edad tiene? dijo el cura.

—Diez y siete á diez y ocho años, respondió.

—¿Y es hermosa?

—La mas bonita del pueblo sin disputa.

—¡Hola! ¿Y en qué calle vive? Preguntó con viveza el cura.

—No; á otro perro con ese hueso, dijo el patán, yo no me dejo atrapar dos veces.

EL TEMBLOR DE TIERRA.—Una señorita suplicó á un físico amigo suyo, que la explicase lo que era un temblor de tierra; el físico, que era muy complaciente, se lo explicó como pudo.

—¿Y sabe vd., le dijo, que es una cosa vergonzosa que en Madrid, siendo la corte y el centro de las luces, no haya dispuesto el gobierno que haya de cuando en cuando algunos sacudimientos, ó temblores para dar á sus habitantes á lo menos una idea de este fenómeno.

EL JUEZ TUERTO.—Un juez tuerto queria decidir por sí solo un asunto muy espinoso, y un compañero andaluz le dijo:

—Creedme, amigo mío, y no os precipiteis; consultadlo antes con mas acierto; pues mas ven dos ojos que uno solo.

EL BUEN GALLEGO.—Un gallego que iba por un camino á pie, vió á un señor que pasaba á caballo, y rendido ya de tanto andar, le suplicó lo llevase un rato á las ancas, á lo que accedió por compasión; y apenas el gallego se vió montado, segun pedía, le dijo:

—Meu señor, dígame, ¿cuánto voy ganando?

LA CIUDAD NUEVA.—En casa de un caballero principal de Sevilla se hallaron convidados unos oficiales á comer con otras personas, y entre varias conversaciones que tuvieron, se habló por último de Aristóteles: uno de ellos dijo que en Aristóteles se encontraban cosas admirable que no habia visto en otras partes, y el caballero de la casa, viendo que uno de los otros oficiales nada decía, y sabiendo era un ignorante, le dijo:

—Y vos, señor don N.... ¿qué res.... ondeis á eso?

—Yo respondo, dijo, que el que tanto se alaba de haber visto tan bellas cosas en Aristóteles, acaso no habrá estado en la tal ciudad nunca.

El otro en vez de picarse le contestó riendo:

—Pues señor, apunte vd. tres de las mas gordas.

GAVIRIA.

Director y Editor, don Francisco de Paula Mellado.

MADRID, 4857:

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE MELLADO, calle de Santa Teresa, n. 8.